

¡Qué dilema, niño!

En nuestro país, al igual que en nuestro estado, existe una gran cantidad de tradiciones y fiestas que están relacionadas al uso de las plantas. Podemos enumerar muchas festividades, todas muy alegres, aunque a veces las plantas se ven afectadas por el mal manejo y su uso excesivo.

Hay una tradición muy interesante que se da en el centro de Chiapas, específicamente en las localidades de Chiapa de Corzo, Villa de Acala, San Lucas, Chiapilla, Venustiano Carranza y Totolapa. En ellas se lleva a cabo la **“fiesta del niño florero”**, en la cual se utilizan tres especies de plantas, estas son: la flor de niño, la mazorca y la nurirosa.

El niño florero

Hola, me llamo Lázaro Nuricumbo, tengo diez años y soy de Chiapa de Corzo. Yo disfruto mucho las tradiciones que tenemos en mi municipio, es más, creo que siempre me han gustado, pues aunque ya no lo recuerdo, dice mi mamá que desde que tenía dos años me vistieron de parachico.

Otra tradición que me gusta mucho es la de los niños floreros. En diciembre de cada año se juntan algunos niños, muchos jóvenes y varios adultos para ir a traer la flor de niluyarilú¹ a los Altos de Chiapas, una zona muy bonita, con bosque de pinos y donde, eso sí, hace mucho frío. El viaje se hace a pie y se tarda siete días en ir y regresar.

El año pasado mi papá me dijo que ya estaba yo lo suficientemente grande para ser niño florero y que iríamos juntos a traer flores. Yo estaba muy emocionado, de hecho casi no pude dormir las noches anteriores al viaje.

El 14 de diciembre nos reunimos todos los que iríamos en la procesión. Mi papá y yo llevábamos comida, agua y cobijas. Empezamos nuestro viaje en

1. **Niluyarilú:** Pertenece a la familia de las bromelias, es de color rojizo, del tallo emergen varios pétalos de consistencia firme, por entre los cuáles surge un nuevo tallo con pétalos que algunas personas consideran parecen los dedos de una mano. Su nombre científico es *Tillandsia guatemalensis*



fila, con el patrón adelante, pues él es el florero más antiguo, conoce muy bien el camino y es quien guía a todo el grupo. Mucha gente nos acompañó hasta un lugar llamado El Higo. Ahí la gente nos despidió y ya partimos hacia Navenchauc, en el Municipio de Zinacantán.

Los siguientes días los sentí largos y pesados, porque caminamos cuesta arriba. Aunque nos distraíamos platicando un poco y con los paisajes tan bonitos, no dejaba de ser agotador.

Mientras íbamos caminando, mi papá me contó la leyenda de la flor de niluyarilú: “Hace muchos años una mujer y un hombre tsotsil llegaron con un niño ante una laguna, colgaron al niño de un árbol y ellos se metieron al agua. Los dos adultos se hundieron poco a poco hasta desaparecer, aunque en realidad no desaparecieron, sino que el señor se convirtió en el Sol para darle alimento y calor a su hijo en el día, y la señora se convirtió en la Luna, para alimentar al niño con el sereno de la noche. Cuentan que el niño esti-

raba la mano quizá para decirles adiós y despedirse de ellos o tal vez porque quería salvarlos, pero en ese momento él se convirtió en flor; por eso del interior de la flor parece salir una manita. Ahora nosotros realizamos este recorrido para recordar a esas personas”.

A los dos días de viaje llegamos a Navenchauc. Un anciano que ha sido florero muchísimos años, nos contó que antes cortaban la flor de niluyarilú ahí, pero como se han ido acabando los bosques y ya casi no hay árboles, ahora tenemos que ir a conseguirla un poco más lejos. Hubiera querido decirle que los bosques no se acaban solos, sino que las personas los talamos, pero no me atreví.

Lo importante fue que tuvimos que viajar dos días más, hasta Mitzintón, en San Cristóbal de Las Casas, y allá por fin empezamos a cortar la flor. Teníamos un ratito trabajando cuando llegó un señor a reclamarnos porque pensaba que queríamos la flor para venderla. Tardamos mucho en convencerlo de que era nuestra tradición, hasta que por fin lo comprendió y se fue más tranquilo.

Nosotros regresamos a Navenchauc el 18 de diciembre. Los que íbamos por primera vez bailamos con unas ramas de juncia en las manos mientras nos hacíamos una limpia con ellas.



En la tarde arreglamos las flores para comenzar el viaje de vuelta a Chiapa de Corzo al día siguiente. A mí por ser niño me tocó cargar una docena de flores con mi mecapan², mientras que algunos hombres llevan seis o siete docenas.

Por fin el 21 de diciembre llegamos de regreso a Chiapa de Corzo, nuestra familia y amigos fueron a esperarnos al río La Flor. Ellos llevaban una banda de música y cohetes, y dicen que llegan a “topar la flor”. Ese día la pasamos muy bien, mi mamá, mis abuelos y mis hermanos llegaron a recibirnos con comida y pozol, que es lo que más me gusta tomar.

Yo disfruté muchísimo cada día del viaje, me gustó la fiesta con que nos recibieron y estoy tan orgulloso de ser parte de esa tradición, que el próximo año quiero ir de nuevo.

Sólo hay una cosa que me preocupa: ahora sé que en los territorios por donde pasamos hay cada vez menos árboles, eso significa que poco a poco habrá menos flores de niluyarilú y junto a ella también desaparecerá la tradición de los niños floreros.

Creo que deberemos hacer algo para que ninguna de estas cosas pase.

Luis Antonio Rincón García
Historia basada en investigación de
María Antonieta Isidro Vázquez

